

ta del Brasil; subieron contra la corriente de este rio, desembarcaron en un islote desierto, y edificaron en él un fuerte, al que dieron el nombre de Coligny para honrar á su protector, el cual agradeció esta fineza; y en prueba de ello, les envió otros tres navíos perfectamente pertrechados, con mayor número de calvinistas que la primera vez, y con un enjambre de predicantes, á cuya cabeza iban Guillermo Chartier y el carmelita apóstata Pedro Richer, á quienes dió Calvino esta comision, en virtud de una carta que le escribió el almirante para que eligiese las personas de su agrado.

Luego que llegaron se estableció una iglesia á la ginebrina, y se celebró la cena, á que asistió Villegagnon, aunque resistiéndose á ello los católicos, muy sorprendidos y nome nos irritados de que se les hubiese obligado á contribuir á una maniobra tan indigna. Introdújose la division entre los mismos calvinistas, con motivo de la materia del Sacramento, como habia sucedido en Ginebra cuando arrojaron de aquella ciudad á Calvino; porque unos querian usar de pan fermentado, y otros de pan ácimo. Sucedíendose las disputas unas á otras, quisieron todos explicar á su modo este texto, famoso por el abuso que hacen de él los sacramentarios: *De nada sirve la carne: el espíritu es el que vivifica*. El carmelita Richer dijo con la impudencia propia de un apóstata, que la carne de Jesucristo, de cualquier modo que se la supusiese en la comunión, no era de utilidad alguna al que comulgaba; y llegando su impiedad á un extremo desconocido todavía en la secta, dijo contra las palabras de la Escritura, en que manda el Padre Eterno á sus ángeles que adoren al Verbo encarnado, que no se le debía adorar ni invocar, y sostuvo con obstinacion esta impiedad. En fin, fué tal la altercacion, que tuvieron que enviar á Chartier para que resultase á Calvino.

Entretanto, Villegagnon, que, dotado de un juicio naturalmente recto, tenia unos cono-

cimientos muy superiores á su profesion, se hizo cargo de la insuficiencia y del abuso del sentido particular, que era la regla que daba Calvino para las decisiones en materia de dogma, y vió que era tan defectuosa esta regla, que habia necesidad de recurrir contra ella al mismo que la habia establecido. Impugnó á Richer en un sermón público, se declaró católico en el mismo acto, abrió los ojos á todos los que conservaban alguna buena fé, y echó de allí á los obstinados, los cuales no tuvieron mas recurso que embarcarse en un mal navío para volver á Europa. En los trece años que vivió despues, perseveró de tal modo en la fé de la Iglesia, que consagró sus talentos nada comunes á escribir contra el calvinismo. Pero su conversion ofendió al almirante, y no habiéndole enviado este mas socorros, le fué imposible resistir á los portugueses y á los salvages, por lo que se vió obligado á abandonar su establecimiento y restituirse á Francia. Fué esta tentativa una de las mas notables por parte de los sectarios, y uno de los innumerables sucesos que nos dan á entender que entre las obras divinas es el apostolado la cosa mas inimitable para el espíritu de mentira.

No se ideó ni se dirigió de este modo la célebre mision de Etiopia ó de Abisinia, que se ejecutó en aquel mismo tiempo, esto es, á principios del pontificado de Paulo IV. Si los frutos de ella no fueron tan copiosos como fundadamente se esperaba, por lo menos no se pudo culpar en nada á los operarios enviados para cogerlos. Los pueblos de Etiopia, que se llaman ahora abisinios, habian recibido la fé desde los primeros tiempos de la Iglesia y, segun sus tradiciones, debieron este beneficio al Apóstol San Mateo y al eunuco de la reina de Cándaces; pero el trascurso de los siglos y la dificultad de la comunicacion con el centro del cristianismo habian alterado de tal manera su Religion, que no se sabia qué nombre darla (1). Estaban bautizados y tambien circun-

(1) Bouh. l. 3, p. 403.

ciados; habian tomado igualmente varias prácticas de los mahometanos y de los idólatras, de que estaban rodeados; y lo que acaso los alejaba mas de la santa unidad, era que reconocian por gefe de la Iglesia al patriarca de Alejandria, el cual, inficionado con el cisma y con la heregia de Eutiques, les inspiraba la mayor aversion al nombre latino. Habiéndose empeñado unos aventureros portugueses en descubrir al famoso Preste Juan, que estaba reputado por un poderoso monarca cristiano establecido en medio de los idólatras, y habiendo penetrado por el mar de las Indias en el imperio de Abisinia, confundieron á su soberano con aquel antiguo monarca tártaro, cuyo cristianismo informe podia compararse en efecto con el de los abisinios. Le hablaron de los misterios de la fé; y como aquel príncipe, llamado David, era virtuoso y muy sensato, le agradaron tanto sus principios y doctrina, que no quiso reconocer en lo sucesivo al patriarca de Alejandria, y prestó obediencia al Papa por medio de una embajada solemne (1).

Despues de la muerte de David, Claudio, su hijo y sucesor, educado en la Religion romana, y aliado del rey de Portugal, de quien habia recibido socorros muy importantes en una ocasion en que se trataba nada menos que de la conservacion de su corona, le suplicó que le diese igualmente hombres hábiles para pelear contra los enemigos de la salvacion. El rey de Portugal, de acuerdo con el Sumo Pontífice, juzgó que para establecer sólidamente aquella iglesia, era necesario darla un patriarca y algunos obispos, á lo menos para las sillas principales, y creyó que á nadie podia dirigirse con mas acierto que al fundador de la fervorosa Compañía de Jesus. El solo nombre de patriarca y de obispo hizo estremecer á Ignacio, como si fuese este el mayor peligro que podia amenazar á su orden naciente; pero reflexionando despues que semejante patriarcado y

obispados mas bien eran cruces que dignidades, concedió lo que pedia el príncipe, y le nombró tres sugetos de una capacidad y virtud eminente. Iba Nuñez en primer lugar, como que era el que deseaba Ignacio que fuese patriarca, aunque no declaraba su intencion. Habia trabajado mucho tiempo en África, así en la libertad de los esclavos, como en la conversion de los renegados; y se hallaba en Lisboa, adonde habia tenido necesidad de pasar, por exigirlo así los intereses de su mision. Los dos obispos designados por su general, eran Oviedo y Carnero. Todos tres se asustaron mas que el santo fundador cuando se les habló de mitra y de pálio, y Nuñez escribió á Roma que queria mucho mas pasar el resto de sus dias en la cadena con los esclavos de Berberia, que ocupar el primer asiento en la casa del Señor. Renunciaron, pues, unánime é invenciblemente, hasta que el Vicario de Jesucristo les impuso el precepto absoluto de que aceptasen.

Oviedo y Carnero fueron desde Italia á unirse con Nuñez en Lisboa, donde todos tres fueron consagrados obispos. El Papa dió al último el nombramiento de patriarca, y le envió el pálio con facultades ilimitadas, así en la Etiopia como en las regiones circunvecinas. Nombró á Oviedo obispo de Nicea, y á Carnero de Hierópolis, y por lo que pudiera ocurrir, declaró á los dos por sucesores del patriarca. A los tres prelados añadió Ignacio diez cooperadores escogidos para trabajar bajo sus órdenes, y les dió una carta, no menos afectuosa que instructiva, para el rey de los abisinios, en la que le recomendaba aquella sociedad apostólica, formada por el modelo de la de Jesucristo y sus Apóstoles, de un gefe y de doce discipulos, dispuestos todos ellos á sacrificar la vida por la salvacion del príncipe y de sus vasallos. Además de esto, esponia en ella las praebas mas sólidas y palpables, así de la unidad católica, como del primado del sucesor de Pedro, que es el centro de esta unidad de donde se deriva la pura doctrina de la fé cristiana.

(1) Maff. l. 16; Orland. l. 15, p. 105. B del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

Se embarcaron en Lisboa los misioneros, (1555), y fueron en derecha á las Indias, para informarse del estado en que se hallaba entonces la Religion en Etiopia. No podia ser mas acertada esta precaucion, pues supieron que el rey Claudio, llamado por otro nombre Asnasaghez, se habia dejado seducir por los coptos ó eutiquianos, y que de ningun modo estaba dispuesto á recibir la fé cristiana. Con esta noticia, no se tuvo por conveniente esponer la persona del patriarca, y se tomó el partido de enviar al P. Oviedo con algunos compañeros, los cuales no pudieron adelantar nada con aquel príncipe en el poco tiempo que le quedaba de vida, y procuraron hallar algun consuelo entre los vasallos que habian conservado unas disposiciones mas favorables á la predicacion de la verdadera fé. Habiendo perecido Asnasaghez en una irrupcion de sus enemigos los mahometanos, su sucesor Adamas se declaró abiertamente contra los operarios evangélicos y fué uno de los mas crueles perseguidores de los verdaderos cristianos. Pero no queriendo el patriarca Nuñez que quedase ociosa la gracia de su consagracion, pensó en dirigirse á la China donde tuvo la felicidad de abrir la puerta al Evangelio. Entró allí acompañado de algunos comerciantes portugueses, con el pretexto de rescatar varios esclavos de esta nacion. Mostraron los chinos mucha curiosidad de oír la nueva doctrina que predicaba, pero tan poca disposicion para seguirla, que se resolvió á ir al Japon á cultivar las cristiandades florecientes que habia establecido en aquel imperio San Francisco Javier; pero antes derramó en la China las primeras semillas de la fé, las cuales dieron fruto á su tiempo.

La pequeña Compañía de Ignacio abrazaba ya en aquella época la inmensa estension del Asia, las costas orientales y occidentales del África, y particularmente el reino de Congo, al cual suministró entonces excelentes operarios; y en el otro hemisferio cultivaba las

vastas regiones del Brasil, donde en poco tiempo hizo tan grandes progresos, que fué necesario establecer en ellas un provincial distinto.

El santo fundador, que era el alma y el móvil de todas estas grandes obras, y llevaba en cierto modo la carga repartida entre tantos operarios ocupados en los trabajos mas penosos en las cuatro partes del mundo, sintió por último que sus fuerzas no correspondian á su valor, y que cedian á tanto peso. Reducido á quedarse en cama muchos dias, pero sin dejar el timon del gobierno, y viendo que por momentos se multiplicaban los negocios á proporcion del incremento de su Compañía, dispuso que los Padres que estaban en Roma eligiesen un vicario general para eximirse de un trabajo á que no podia ya atender por sí mismo. Sin embargo, queria que se le diese cuenta de las obras de edificacion que hacian sus hijos en Roma y en las regiones circunvecinas. Snp que en Macerata, ciudad de la Marca de Ancona, donde se habian dispuesto para el carnaval unas funciones poco cristianas, algunos Padres que estaban allí de mision habian espuesto al Santísimo Sacramento con gran solemnidad; que se habian hecho rogativas y predicado sermones patéticos en los tres dias que preceden al miércoles de ceniza, y que atraído el pueblo con la pompa y novedad de la ceremonia, lo habia abandonado todo por asistir á ella. Agradó tanto esta devocion al santo general, que quiso que se renovase todos los años en las casas de su orden. De este modo empezó la devocion de las Cuarenta Horas, establecida despues en todas partes con tan buen éxito, para desagrar al Señor por los desórdenes y las locas profanidades del carnaval (1556).

Conociendo Ignacio que se acercaba su última hora, solo pensó ya en prepararse en paz para el momento de la muerte. Tres cosas habia deseado antes de salir de este mundo: que su libro de los Ejercicios fuese aprobado por la Santa Sede, que su Compañía fuese con-

firmada por los Sumos Pontífices, y que se publicasen sus constituciones en todos los lugares donde se hallaba establecida. Cumplidos ya estos sus deseos, decia que nada le quedaba ya que apetecer en este mundo, y suspiró únicamente por la disolucion de su cuerpo, á fin de ir á unirse con su Dios. Como algunos de los Padres le oían hablar de muerte próxima, y no creían que estuviese gravemente enfermo, se atrevieron á decirle que no tenia motivo para temer; no les contradijo Ignacio, pero obedeciendo en silencio á una voz mas segura, se confesó y recibió el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con extraordinarios sentimientos de piedad. Dos dias despues llamó al anochecer á su secretario el P. Polanco, y le dijo que fuese á pedir al Papa la bendicion apostólica y la indulgencia para el artículo de la muerte. Viendo Polanco, los demas Padres y aun los médicos que no habia ninguna urgencia, ó pareciéndoles así, se retardó hasta el dia siguiente el cumplimiento del encargo. Apenas amaneció, fueron varios Padres á ver cómo habia pasado la noche el Santo, y le encontraron casi agonizando. Entonces acudió Polanco al Papa sin perder un momento, acusándose de su poca fé, y no tuvo mas que el tiempo preciso para desempeñar su piadosa y triste comision. Todos los demas fueron á toda prisa á ver al enfermo, persuadiéndose que no habria llegado aun su última hora, sino que le habria dado una congoja, y que se restableceria si le hiciesen tomar alguna cosa. Pero él les dijo con voz moribunda: *Nada necesito: todo es inútil.* Juntando despues las manos, levantando los ojos al cielo, y pronunciando el nombre de Jesus, espiró dulcemente el dia último de julio de 1556.

Tenia entonces sesenta y cinco años: habian pasado treinta y cinco desde su conversion, y diez y seis desde la confirmacion de su Compañía. La vió esparcida por todo el mundo, y dividida en doce provincias, que comprendian por lo menos cien colegios. Vein-

te años despues de su muerte se hizo una enumeracion, y resultaron treinta y cinco provincias, con dos vice-provincias, mas de quinientos colegios, treinta y tres casas profesas y cuarenta y ocho noviciados, sin contar los seminarios, las residencias y las misiones; en todo, mas de diez y siete mil religiosos, y entre ellos de siete á ocho mil sacerdotes. Apenas espiró el Santo fundador, resonaron en todos los barrios de Roma estas palabras: *Ha muerto el Santo: nos ha sido arrebatado el Santo.* Acudieron en tropel los pueblos al lugar donde estaba espuesto, y se tenia por gran felicidad besarle las manos, tocarle los hábitos, y sobre todo quitar algunos pedacitos de ellos, los cuales se veneraban como reliquias preciosas. Los votos de las personas distinguidas no fueron menos espresivos que la voz del pueblo. Entre los prelados y los hombres sábios y virtuosos, se esplicó mas claramente que nadie en elogio del Santo el piadoso fundador de la congregacion del Oratorio, Felipe Neri, venerado despues con culto público, diciendo y congratulándose siempre de que Ignacio habia sido su maestro en la oracion. El olor de su santidad se estendió rápidamente desde Roma por todas las naciones, y en especial por España, que era su patria. El castillo de Loyola se convirtió al momento en una especie de templo, y el cuarto en que se habia verificado la conversion de Ignacio fué un santuario que inspiraba horror al pecado y llenaba especialmente de remordimientos á las almas impuras. En la cueva de Manresa, depositaria de sus íntimas comunicaciones con Dios, entraba de rodillas el pueblo, besando la tierra bañada con la sangre y las lágrimas de un penitente que suscitó tantos otros.

La voz del cielo ó de los milagros confirmaba de dia en dia la devocion de los pueblos. Se hicieron infinitos prodigios solo con tocar un cilicio del Santo que habia quedado en Barcelona, y se llevaba de casa en casa á los enfermos, cuya fé era seguida siempre de la cura-

cion de sus dolencias. Se multiplicaron tanto los prodigios, y de tan diferentes modos, que las actas de su canonizacion refieren mas de doscientos bien comprobados. Igualmente depusieron á favor de sus virtudes heroicas seiscientos y setenta testigos. Al insertar Clemente VIII en el martirologio el nombre de este Santo, usó de la siguiente fórmula dispuesta por él mismo: «En Roma, San Ignacio, confesor, fundador de la Compañia de Jesus, ilustre por su santidad, por sus milagros y por su celo en propagar la Religion católica por todo el mundo.» Una sabiduria superior que, por decirlo así, se veia retratada en su frente, y un valor invencible, elevados uno y otra por la gracia á un grado de perfeccion de que hay pocos ejemplos: hé ahí en dos palabras el retrato de un Santo, venerable á todos los fieles virtuosos, á todos los eclesiásticos celosos, y lo que es aun mas honorífico, segun San Gerónimo (1), aborrecido, á lo menos en sus obras, de todos los herejes. El P. Santiago Lainez, ilustre por el cargo de teólogo del Papa que habia desempeñado con distincion en el Concilio de Trento, fué el sucesor inmediato de San Ignacio en el empleo de general de los jesuitas.

En el año anterior habia muerto Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, despues de haber dado sucesivamente al claustro y al episcopado el ejemplo de todas las virtudes que pueden honrar á unos estados tan distintos. Habia nacido en una aldea de la diócesis de Toledo, y estudió teología en la floreciente universidad de Alcalá, donde por solo su mérito adquirió tanta reputacion, que obtuvo una cátedra siendo todavia muy jóven. No habiéndose alterado su piedad con el incienso de las alabanzas, ni con el cebo de los bienes de fortuna, entró á los treinta años en la religion de los agustinos, para aplicarse únicamente en presencia de solo Dios á la meditacion de las cosas eternas y á la adquisicion de

(1) *Epist.* 89, ad S. August.

la perfeccion evangélica (1). Pero en ninguna parte se permitió que aquella luz resplandeciente estuviese oculta debajo del celemin. Se le obligó á aceptar sucesivamente la superioridad de los conventos de Valladolid, Salamanca, Burgos, y por último de toda la provincia de Castilla. Por otra parte, el emperador Carlos V y la emperatriz Isabel, su muger, informados de su piedad y de la uncion que reinaba en sus discursos, le eligieron por su predicador ordinario. Era tanto lo que apreciaba el emperador su virtud, su doctrina y elocuencia, que temió perjudicar á la Iglesia, dejando en la oscuridad del claustro un talento tan á propósito para honrar el primer orden de la gerarquia. Por tanto, habiendo vacado la Silla de Granada, no tardó en nombrar á Tomás por arzobispo de aquella diócesis; pero el humilde religioso renunció de un modo que, al parecer, no dejaba arbitrio para vencer su resistencia. Quería el Señor darle pruebas particulares de su divina vocacion.

Habiendo vacado poco despues el arzobispado de Valencia, y desconfiando Carlos V de obtener el consentimiento de su santo predicador, nombró á un religioso del orden de San Gerónimo. Pero como el secretario hubiese puesto por equivocacion en el despacho el nombre de Tomás, miró el príncipe esta casualidad aparente como una orden espresa del cielo, y desde entonces no dió oídos á las súplicas y clamores de la modestia sobresaltada. Los superiores de Tomás unieron sus instancias y autoridad á las órdenes imperiales, de modo que temió resistir á la voluntad de Dios, y tomó el partido de obedecer (1544). Siendo obispo, vivió como suelen vivir los que renuncian el obispado. Sin detenernos á referir individualmente todas sus virtudes pastorales, ni estendernos en dar una idea exacta de su caridad para con los pobres, de la cual

(1) *Bain, ad ann.* 1555, n. 86; *Bail.* *Vid. de los Santos.*

podemos decir que fué su virtud característica, puede muy bien asegurarse que en los tiempos mas calamitosos fué una copia fiel del antiguo y maravilloso retrato de San Juan Limonero. Antes de morir mandó que se distribuyese á los pobres todo lo que tenia, ó por mejor decir, lo poco que le quedaba, á escepcion de la pobre camilla en que estaba acostado; y aun no descansó hasta que llamaron de su parte al alcaide de la cárcel de la Corona, al cual se la regaló, suplicándole se la prestase por el poco tiempo que le quedaba de vida: delicadeza muy respetable segun los principios de la fé, pero que parecerá en extremo minuciosa á los falsos sabios. Santo Tomás de Villanueva fué beatificado por Paulo V en 1618, y canonizado cuarenta años despues por Alejandro VII (a).

(a) A lo que aqui dice nuestro autor añadiremos que el celo de Santo Tomás de Villanueva, hecho ya arzobispo de Valencia, resplandeció admirablemente en el gobierno de su diócesis, en la que hizo tantos progresos la verdadera reforma, promovida por el Santo en sus frecuentes sermones y repetidas visitas, que en breve se vió mudar de aspecto al clero y pueblo de todo el arzobispado, sucediendo la práctica de todas las virtudes cristianas á la corrupcion y á los vicios. Para el mismo fin de la reforma celebró Tomás dos concilios, uno en 1545, y el segundo en 1548, cuyas constituciones ó decretos para el régimen de las iglesias, sobre los oficios y beneficios eclesiásticos, y sobre otros puntos de disciplina, son una prueba evidente de su sabiduria y del espíritu que animaba á nuestro Santo, enteramente conforme al que dirigia en aquella misma época al santo concilio de Trento. Aunque fué llamado Tomás á este concilio general, es cierto que no asistió á él; bien que no nos dicen los escritores de su vida la causa que se lo impidió. La firmeza y libertad apostólica con que defendió el santo arzobispo los derechos é inmunidades de la Iglesia, no fueron menores que su celo. Viósele resistir á todo el poder de Carlos V, en ocasion que este emperador queria destinar parte de las rentas de la mitra de Valencia á objetos puramente temporales, teniendo por último que ceder el príncipe á las razones convincentes del héroe de la caridad, que no reconocia otros dueños de los bienes de su iglesia que los pobres. Esta virtud característica de nuestro prelado, fué el móvil principal de todas sus operaciones, no pudiéndose encontrar género alguno de necesidad, privada ó pública, que no socorriese. Niños espósitos, jóvenes, á quienes la indigencia suele arrastrar al crimen, enfermos de todas clases, huérfanos, viudas, todos hallaban en Tomás un padre el mas amoroso, que no solo sabia aliviar, sino aun prevenir sus necesidades, y con tal liberalidad, que en el día de su muerte pudo llamarse el primer pobre de su diócesis. Este día, 8 de

Daba el Señor á su Iglesia Santos eminentes á proporcion de las calumnias sacrilegas é injuriosas blasfemias de los herejes reformadores. Al mismo tiempo que Santo Tomás de Villanueva, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Felipe Neri y San Cayetano de Thiene, florecia tambien San Pedro de Alcántara, contemporáneo de Santa Teresa (á la cual dirigió tan felizmente en los caminos mas sublimes de la vida interior), de San Francisco de Borja y de San Carlos Borromeo, sin contar otros infinitos, cuyas acciones fueron menos brillantes, ó por mejor decir, tuvieron menos conexion con los asuntos generales de la Iglesia, que son propiamente nuestro objeto (a).

San Pedro de Alcántara predicó la reforma y la estableció en España en el orden de San Francisco, cuyo instituto habia abrazado; pero reduciéndole desde luego á la pureza aprobada por la Silla apostólica, haciendo que esta restauracion fuese aprobada por el Papa Julio III en 1555, y siguiendo un camino enteramente opuesto al de los reformadores farisaicos, que se contentan con imponer la carga sin sostenerla ni aun con un dedo. Por el contrario, se puede decir que todo lo que prescribe la regla de San Francisco, por mas

setiembre de 1555, fué el de mayor luto para Valencia, resonando en toda la ciudad los llantos y gemidos por la pérdida del bienhechor universal, hasta el extremo de interrumpirse mas de una vez los divinos oficios por las lágrimas y suspiros de los concurrentes. Desde el mismo día de su fallecimiento se le tributó el culto de los Santos, que fué aumentando mas y mas con los innumerables prodigios que obró Dios sobre su sepulcro, que existió en el convento de Nuestra Señora del Socorro, extramuros de la ciudad, hasta que en nuestros dias, con motivo de la esclaustracion, fué trasladado á otro templo de la ciudad. *Vid. Bolland. tom. 5, Septemb. die 18.* (N. del E.)

(a) Fué tan crecido en el siglo XVI el número de varones ilustres en santidad y en todo género de ciencias que florecieron en nuestra nacion, que puede llamarse con toda propiedad el siglo de oro de España. Aunque mas adelante esperamos tener ocasion de hablar de algunos de ellos, puede verse entretanto la continuacion á la Historia del P. Mariana, el Compendio cronológico de Ortiz, y los tomos 13 y 14 de Ferreras, etc. (N. del E.)

austera que sea, es casi nada en comparacion de lo que practicaba el santo reformador. Le era muy frecuente no comer mas que de tres en tres dias; y durante las contemplaciones, en las cuales parecia que aquel querubin mortal parecia ya enteramente desprendido de los sentidos, pasaba algunas veces ocho dias sin tomar nada. Andaba siempre descalzo; no se cubria ni aun con la capilla, por mas que lloviese, ó aunque fuese insufrible el calor del sol; y encima de un áspero cilicio de hoja de lata llevaba un hábito muy estrecho, ó mas bien un saco de sayal, con un manto de la misma tela. El mayor alivio que tenia en los frios extraordinarios, consistia en pasar de un mal mayor á otro menor, por medio del arbitrio que habia imaginado de quedarse algun tiempo sin manto, de abrir la puerta y la ventana y volver á cerrarlas y á cubrirse de nuevo. Su celda, si es que puede llamarse asi lo que era propiamente un sepulcro, no tenia mas que cuatro pies y medio de largo, de suerte que no podia echarse para dormir. Estaba siempre de pié ó de rodillas, escepto el poco tiempo que dormia, porque entonces estaba sentado y reclinaba la cabeza en un madero empotrado en la pared. Pasó de este modo cuarenta años sin dormir mas de hora y media en todo el dia y noche: austeridad que, segun lo confesó él mismo, le costó á los principios mas que otra alguna, y que solamente se propone para la admiracion de los fieles, y aun mas para la confusion de los reformadores ó calumniadores de la fé manifestada por semejantes obras.

La solidez y la penetracion de su espíritu igualaban á su austeridad, y la sencillez de su fé á sus conocimientos, sin embargo de que á los mas exactos y estensos de los que tienen el nombre de adquiridos añadia, por decirlo así, la clara percepcion de las cosas sobrenaturales, reveladas continuamente á la sublimidad de sus contemplaciones, y tanta experiencia en los caminos interiores, que en este

punto fué el oráculo hasta de Santa Teresa. El desprendimiento de las cosas terrenas era casi excesivo en él, y tan rigorosa la guarda de los sentidos, que pasó tres años en un convento de su orden sin conocer á ningun religioso como no fuese por el metal de la voz. Nunca alzaba los ojos para mirar los objetos que habia al rededor de sí, y solo siguiendo á los demas podia asistir á los ejercicios del claustro, ó hacer sus viages. Pasó muchos años sin ver á ninguna muger, y si las vió despues, fué como si no las hubiese visto, ó como si solamente viese su sombra. Una penitencia tan terrible duró cuarenta años seguidos; por lo que llegó el Santo á estar tan estenuado y descarnado, que su piel era menos semejante á la de un cuerpo vivo, que á una corteza de arbol desecada. Sin embargo, no por eso dejó de vivir sesenta y tres años, trabajando sin interrupcion. Con servó siempre una afabilidad muy notable. Hablaba poco; pero como tenia gran talento se explicaba con oportunidad, con un juicio esquisito, con una serenidad y con una viveza modesta, que hacia muy agradable su conversacion. Todas estas particularidades las hemos tomado de Santa Teresa, que habia tenido grande intimidad con él, y que seguramente es un juez irrecusable en materia de espíritu y de virtud (1).

El Papa Paulo IV (1557), que, á pesar de su avanzada edad, mostraba el vigor y algunas veces la viveza propia de un jóven, se habia indispuesto con el nuevo rey de España Felipe II, é interesó á su favor á los franceses, no obstante la tregua en que habian convenido con los españoles; pero ni las armas de Francia ni las de la Santa Sede consiguieron ninguna ventaja, á lo menos en Italia; y con la misma precipitacion que habia empezado el Papa la guerra, concluyó la paz; pero con unas condiciones tan poco honoríficas, que se hicieron dos ejemplares del tratado, uno para pa-

(1) *Vida de Santa Teresa, c. 27.*

blicarse, y otro para que quedase oculto (a). Como la reina de Inglaterra se habia unido con los españoles y Paulo IV suponía que el cardenal Polo ejercia poderoso influjo en el ánimo de la reina, concibió contra este infundadas prevenciones el Papa, acusando la prudente moderacion con que trataba á los hereges de connivencia con la heregia, y destituyéndole desde luego de la legacion de Inglaterra (1557). Aflijida la reina con esta providencia, escribió al Papa, diciéndole que la separacion de Polo era la ruina del mas firme apoyo de la Iglesia de Inglaterra, donde no habia que esperar ya mas que confusion y desorden; y entretanto se apoderó del breve, guardándole con mucho sigilo y sin abrirle. Pero por mas que procuró ocultar á Polo aquella novedad, llegó á noticia del prelado, el cual dejó voluntariamente las insignias de la legacion, y envió comisionados para justificar su conducta ante el Papa. Añádesse (1), que habiendo escrito su apologia, y

(a) Violando el rey de Francia la tregua de cinco años estipulada en la abadia de Vancelles, cerca de Cambray, con el emperador Carlos V, se alió con el Papa Paulo IV con ánimo de apoderarse de Nápoles. Para disuadir de esta alianza al Pontífice apelaron Carlos V y Felipe II á todos los medios de moderacion y cordura, encargando á su embajador Garcilaso de la Vega no faltase en lo mas minimo al respeto y moderacion debidos al Vicario de Jesucristo. A este mismo efecto y viendo el duque de Alba que las tropas francesas y pontificias iban á entrar en territorio de Nápoles, donde él estaba de viyey, escribió una larga carta al Pontífice con fecha 21 de agosto de 1556, para que se retirara de la alianza de los franceses y evitara así el que él tuviera que apelar á medidas enérgicas en defensa de los derechos de España. Como esta carta no surtió el efecto apetecido, el duque de Alba penetró con sus tropas en los Estados pontificios, llegando victoriosas hasta casi las puertas de Roma; pero al apoderarse de algunas plazas declaraba que tomaba posesion de ellas á nombre del Sacro Colegio y hasta la eleccion de otro Pontífice, á fin de que no se le acusara de usurpador del patrimonio de San Pedro. Infiérese de todo esto, dice un escritor, que si las condiciones de esta paz no fueron honoríficas para Paulo IV, no estuvo en poder de Felipe II mejorar la suerte de los que habian provocado la guerra, y hablando con toda exactitud, debian atribuirse estos males principalmente á los franceses. Véase la continuacion del P. Miñana, edicion de Madrid, 1804, pág. 235. (N. del E.)

(1) *Ciacon, Vit. Pont. t. 3, p. 636.*

encontrado despues en ella algunas espresiones demasiado fuertes contra este Pontífice, la arrojó al fuego, aplicándose aquella sentencia del Génesis: *No descubrirás la ignominia de tu padre*. Este acto de sumision templó un poco el ánimo del Papa, y habiendo ajustado la paz en este intermedio con el rey de España, se disipó muy en breve la tempestad.

Tambien sospechó Paulo IV que el cardenal Moron habia tenido inteligencias secretas con los sectarios de Alemania, y dió con él en la carcel del Santo Oficio. Justificóse perfectamente este cardenal, y envió á decirle el Papa que podia salir de la prision; pero él se empeñó en permanecer allí hasta que públicamente se hiciese justicia á su inocencia, con cuyo motivo duró este asunto hasta el Pontificado siguiente. Paulo, que tenia mucho celo por la Inquisicion, estendió en gran manera la competencia y la autoridad de este tribunal, á ejemplo de lo que se habia ejecutado en España; nombró un inquisidor general é hizo perpétuo este empleo, como el de penitenciario mayor. La observancia de todos estos reglamentos no duró mas que la vida de su autor; lo que no sucedió con el *Indice*, que continúa todavia como le estableció Paulo IV, y se reduce á un catálogo de los libros malos ó sospechosos, con prohibicion de leerlos, no solo pena de excomunion y de privacion de beneficios, sino de privacion de todo empleo y de infamia perpétua, reservada su absolucion al mismo Papa.

En el año siguiente, 1558, sufrieron un golpe terrible el Papa y la Iglesia universal con la caída simultánea de las dos columnas de la Religion en Inglaterra. Ya habia muerto el canceller Gardiner, á quien se miraba como la tercera columna de ella. La reina María, naturalmente melancólica y muy sensible, espuesta mucho tiempo habia á unas mortificaciones que no tenian fin; afligida luego con la indiferencia que advirtió en el rey, su esposo, el cual tenia trece años menos que ella, y agoviada últimamente con la pérdida de Calais